

HORMIGONES Y CANDELABROS

Sobre la respuesta de la arquitectura moderna al tema del espacio sacro

Juan Miguel Otxotorena Elicegui

Un certamen como éste del que aquí se recogen los resultados, el «Concurso de Ideas para una Capilla Universitaria en el Campus» [de la Universidad de Navarra], constituye seguramente una ocasión idónea para tratar de avanzar en el planteamiento de una cuestión difícil y acaso no del todo debatida aún: la de la respuesta de la arquitectura moderna al tema del espacio sacro. Sin duda la Capellanía de la Universidad, con la iniciativa de este reto dirigido a los alumnos de la Escuela de Arquitectura, ha deseado alentar en relación con el asunto un nuevo empeño de análisis y estudio, un nuevo esfuerzo de investigación.

Como es sabido, la edificación religiosa experimenta en sus inicios, en el mundo cristiano, una codificación de opciones, fórmulas y recursos compositivos basada en la reutilización de tipologías edificatorias preexistentes y de los usos decorativos establecidos. Luego, a través de las invenciones constructivas y figurativas del románico y el gótico y de los sucesivos momentos del lenguaje clásico, la arquitectura religiosa se convierte en poco menos que la verdadera Arquitectura con mayúscula: en campo abonado para las demostraciones de competencia y virtuosismo y en ocasión para los más ambiciosos y exigentes ejercicios de estilo. El advenimiento de la arquitectura moderna, con los nuevos materiales y recursos técnicos y con los ideales que acompañan su ascensión, produce una evidente distorsión del panorama; establece un nuevo marco cuya definición redundante: primero, en el insistente ensayo de eclecticismos tradicionalistas y revivalismos de diversa índole; y luego, en una situación de desconcierto general que dará pie a experiencias y tanteos de todo orden -con alternativas que recorren las diversas modalidades del camino que va de lo purista a lo sincrético, y hasta al pastiche y el kistch-, de resultado a menudo confuso y decepcionante.

No cabe obviar entre otras cosas nuestra enorme capacidad constructiva y destructiva, incomparable a la de otras épocas: constatarla lleva por fuerza a prestar una atención vigilante a la preservación del patrimonio artístico y a todo lo que sea sensibilizar a las instancias de decisión; pero también, a la vez, a apurar la respuesta a nuestros temas de proyecto, sin dejarnos traicionar por la sugestión de la prisa en razón de la pura facilidad.

La arquitectura religiosa nunca ha sido una arquitectura de mínimos, preocupada por la mera economía de medios, por la eficacia o funcionalidad puramente física o material. El triunfo global de estos parámetros podría haber dejado al discurso que la aborda o se ocupa de ella en una inédita situación de precariedad.

Planteamientos del problema urgidos por las circunstancias y arraigados en ese desconcierto habrían dado pie de hecho, en las últimas décadas, a un sinnúmero de realizaciones basadas en unas pocas leyes o recetas compositivas elementales, a veces deducidas de prejuicios emotivistas y digresiones esquemáticas sacadas de contexto. Quizá han tenido un impacto particular las derivadas de la idea, sensible a los elementos más efímeros y epidérmicos de las experiencias expresionistas de comienzos de siglo, según la cual es apta para el uso religioso toda envolvente arquitectónica inesperada y extraña -mejor espacialmente tensa y forzada-, en tanto capaz en principio de inducir en la feligresía una especie de sobrecogimiento lenitivo y un cierto impulso movilizador.

La observación necesita desde luego innumerables matizaciones: no es lo mismo, por ejemplo, una ermita situada en un lugar insólito y lejano que será visitado esporádicamente, que un monasterio, un santuario, una basílica, o un templo urbano destinado a ser ordinariamente frecuentado por un público más disponible y constante. Coincide, con todo, que el momento de la construcción y adaptación masiva de capillas y templos de todo tipo de acuerdo con la nueva normativa litúrgica, el de los años del Postconcilio, es además el de la gran crisis de ideales y métodos que en el terreno de la arquitectura y el arte terminaría suscitando la aparición de la denominada conciencia postmodernista. De entrada, en efecto, no es un momento ascendente,

creativo ni fuerte sino más bien dependiente e inercial: el de la vulgarización y emulación epigonal y seriada de las conquistas de la revolución figurativa moderna.

La sucesión de las famosas edades del espacio de Bruno Zevi, en fin, acompaña también con elocuencia la evolución de los ideales y los métodos de la arquitectura religiosa hasta el planteamiento del problema actual. La monumentalidad, la cualificación singular del ámbito del rito y el culto y la riqueza formal de sus límites podrían acaso aceptarse, en general, como características permanentes de la arquitectura religiosa hasta nuestra época. Estas características se habrían mantenido constantes tanto con el predominio del espacio exterior propio de la edilicia anterior a los romanos, como con el del espacio interior que habría regido los destinos de la gran arquitectura hasta la era de la fusión y fluidez espacial que instituye, en las primeras décadas de nuestro siglo, el Movimiento Moderno. Esta nueva era, precisamente, se define al hilo de la consagración de toda una serie de principios programáticos, desde el de la llamada sinceridad constructiva hasta el abstraccionismo neoplasticista y la opción estética que aboga por la expresión natural de los materiales, que determinan de cara al tema de las edificaciones religiosas un panorama revolucionario.

Una creciente sensibilidad solidaria ha suscitado a su vez, en especial en el mundo desarrollado, una actitud de intenso desvelo por los desfavorecidos agudizada por la conciencia del modo aún insuficiente y tardío con que la asumen la sociedad civil y las instituciones públicas; una actitud que, quizá por su lógico énfasis interpelante y convocatorio, derivó a veces a nuestros efectos -por así decir- en consecuencias excesivamente unilaterales por reactivas. A partir de ellas, los ideales clásicos de humildad, sobriedad y pobreza, tácitamente aliados con los ecos contemporáneos del *contemptus mundi* del monacato, habrían terminado redundando en realizaciones arquitectónicas más bien desaliñadas y tristes, propensas al rusticismo y en ocasiones hasta abiertamente feístas: - No cabe fijar si aquellos principios de abstraccionismo y sinceridad constructiva preparan en nuestro caso la irrupción de estas sensibilidades austeras u ocurre más bien lo contrario. En todo caso, ambas posturas podrían superponerse y reforzarse sin freno si no fuese porque la interpretación de tales principios a partir de dichas sensibilidades no es la única posible, ni necesariamente la mejor, de cara al tratamiento del espacio sacro.

Habría que advertir a este respecto, por ejemplo, la medida en que dicha interpretación no es de por sí entreguista, ni meramente economicista y reacia al discurso compositivo, en la obra de los maestros de la arquitectura moderna. La Capilla del Agua de Tadao Ando culmina sin duda por ejemplo, a su modo particular -con sus limitaciones pero también con sus logros, básicamente correlativos de sus opciones implícitas-, una serie de referencias que podrían arrancar de realizaciones tan dispares como el cementerio de Estocolmo de Asplund y Lewerentz y la capilla de Ronchamp de Le Corbusier, pasando por las iglesias unitarias de Wright y Kahn, así como por los diseños y propuestas de Aalto y Jacobsen, y luego por los de autores como Botta, Scarpa o Fisac. Estas referencias apuntan desde luego enseñanzas y conquistas parciales que es preciso después integrar, siempre creativa y tentativamente, sobre la base de una visión de conjunto comprensiva y ambiciosa del momento de la arquitectura religiosa como tal.

Se suman aquí de todos modos dos mundos de problemas de diversa índole, ambos de decisiva importancia: por una parte, el de la adecuación de los nuevos lenguajes de la arquitectura a los programas de las construcciones de carácter religioso; y por otra, el de la evolución cuantitativa y cualitativa de estos mismos programas, al hilo de los cambios culturales que venimos viviendo últimamente -en paralelo con la aparición y el desarrollo de aquellos mismos nuevos lenguajes- y de las nuevas prescripciones de la liturgia. Se incluyen por ejemplo, en esta evolución, no pocas modificaciones de trascendencia innegable en lo relativo a los conceptos y la organización de los usos: desde la nueva posición del ara, la del altar cara al pueblo, hasta la generalización de una concepción del culto más participativa y abierta, y la polarización estratégica que supone la combinación en la acción pastoral de las grandes concentraciones masivas y la atención a una piedad individual a menudo más autónoma y subjetiva, más creativa y personal.

No puede dejarse de lado tampoco al respecto, el significado profundo de los intentos de incorporación de los sistemas comunicativos multimedia a la difusión del mensaje apostólico: si bien a veces todavía tímidos, resultan sin duda reveladores del nuevo marco en que ya ha de

entenderse a sí misma la práctica evangelizadora. Probablemente hay que concluir valorando éxitos y fracasos y reconociendo en los diversos medios tentativamente explorados grados desiguales de eficacia y de propiedad: si las tecnologías que han hecho posible el impacto y la proyección de los viajes del Papa se demuestran indispensables para una global contribución a la transmisión de los valores y los principios cristianos, acaso no encuentren un acomodo tan fácil y obvio -siquiera en función de la escala- en la intimidad estable y sencilla de una modesta comunidad parroquial.

La cuestión de la adecuación de los programas y los lenguajes de la arquitectura a las nuevas circunstancias agudiza en este caso, además, el previo y más general de la identificación del público con los sistemas compositivos y los mecanismos expresivos minimalistas de la arquitectura moderna: un problema sobre el que sin duda, a su vez, habría mucho que hablar. Por si fuera poco, es claro que el del arte sacro ha de ser un lenguaje eminentemente comunicativo, y en consecuencia capaz de conectar en directo con la sensibilidad popular. El templo ha de ser una edificación singular, reconocible, que se distinga y muestre como tal; pero además, a estos efectos, su arquitectura ha de mediar de alguna forma, también a los ojos del no iniciado, entre el presente y la intemporalidad, entre lo cotidiano y mundano y la intimidad y el misterio de lo espiritual. La arquitectura sacra ha de hablar de su propia dedicación a la divinidad y asumir sus funciones didácticas, sabiéndose no un mero contenedor simbólico sino la concreción y el vehículo de toda una catequesis virtual.

Frente a esta necesidad, la pintura y la escultura modernas se caracterizan justo por su ensimismamiento, por su autonomía o autosuficiencia, más allá de toda función representativa. Por su parte, la arquitectura moderna da pruebas de su dificultad para incorporar significados, tanto por la escasez de sus recursos figurativos como, en sentido contrario, por la saturación de mensajes que impregna en nuestros días el espacio mediático. El desarrollo de la tecnología comunicativa va a todas luces en detrimento de la importancia de la arquitectura como medio de información, de sus funciones didácticas y ordenadoras. La arquitectura pierde sin duda relevancia y protagonismo, incluso, como espacio de creación de sentido en el plano de la producción cultural.

Quizá sea éste, es cierto, el caso donde dicha constatación puede y debe ser más puesta entre paréntesis. Baste pensar, por ejemplo, en el modo en que las nuevas tecnologías comunicativas parecen mostrarse a su vez ligadas a la cultura de la velocidad y el consumo, de lo efímero y la utilidad, tan ajena al discurso de la interioridad, la reflexión serena, la trascendencia y la paz. Acaso la sencilla inmediatez del mensaje del arte sacro pueda afirmarse con fuerza justo por contraste con respecto de la volatilidad y el dinamismo agresivo, vertiginoso y evanescente, del aluvión de signos de todas clases que inunda la escena social.

Hay que contar desde luego al efecto con el papel de la tradición, también en relación con la atribución a la arquitectura religiosa de una misión orientativa e identificadora. No es raro concluir con decepción que hoy por hoy las buenas iglesias, las que gustan y funcionan, son las iglesias antiguas. Pero esta observación nos devuelve al principio: a concluir recordándonos la importancia de atender a la preservación del patrimonio recibido y a tratar de sintonizar con el tono y la densidad de sus logros, y con la grandeza y ambición de sus metas, de cara a nuevas actuaciones.

Un templo ha de ser de todos modos un organismo arquitectónico capaz de cumplir simultáneamente toda una larga serie de condiciones y cometidos en sí bastante exigentes; debe ser a la vez: una obra acorde en su calidad y riqueza, y al mismo tiempo en su imagen, con su misión de dar cobijo a lo divino, la función en principio más digna; un espacio donde la predicación y la liturgia se desarrollen en sus diversos momentos, con sus formatos respectivos, con eficacia y comodidad; un ámbito claramente identificable como religioso y definido por una secuencia didáctica de signos, mensajes e imágenes correlativa del nervio doctrinal específico de la fe a que sirve; un lugar, también, donde se palpe la inserción del individuo en su tradición y su pertenencia a la comunidad, de modo que él mismo se reconozca en su filiación e identidad social; un marco que propicie el encuentro de cada uno con la presencia de lo trascendente, y en consecuencia con su propia conciencia; un lugar en que se detenga el tiempo, marcado por un intenso clima de reconciliación, donde se respire oración, reposo y quietud; donde resulte atractivo acudir por la vivencia espacial que, alimentada por

todos estos argumentos, pudiera hacer posible su calidad arquitectónica y su sentida luminosidad.

La cuestión de la edificación sacra ha de medirse hoy en definitiva con todos estos argumentos, los cuales nos fuerza a tratar de integrar atendiendo a las condiciones del nuevo marco social tecnológico y cultural; eso es lo que hace de este tema arquitectónico uno de los más difíciles de resolver con solvencia y acierto, y no digamos con una mínima seguridad. Las perplejidades y dudas a que esa dificultad nos aboca se perfilan no obstante sobre la claridad y la fuerza con que, a su vez, parecen reafirmarse paso a paso algunas persuasiones básicas de alcance global: la arquitectura moderna no puede dejar de ser fiel a sí misma, a sus lenguajes y materiales, al abordar el tema religioso; el espacio dedicado al culto ha de reunir ciertas características singulares, entre las que hay que contar la forzosa referencia a la tradición tipológica en la que se enmarca inevitablemente y su denso y comprometido programa funcional; las necesidades comunicativas del arte sacro obligan a reaccionar con enorme cautela ante las patentes virtualidades de la imagería convencional... A partir de aquí sólo cabe el ejercicio tentativo de la propuesta, sabiendo que no hay líneas de solución preestablecidas y sólo cabe seguir experimentando con precaución y tacto, conscientes de la importancia de una visión de conjunto lo más amplia y comprensiva posible del problema como tal.

Los ejercicios que se presentan en esta publicación, resultado de un trabajo ordinario de clase, tratan en fin de enfrentarse a este desafío: con toda la ambición de lo teórico e ideal, pero conscientes de las limitaciones derivadas de su carácter académico y de su evidente condición descomprometida, eminentemente hipotética y conjetural.